

# UNIVERSIDADES EN LA ERA DE DEMOCRATIZACIÓN DEL DESCONOCIMIENTO

**Roberto Follari**

Universidad Nacional de Cuyo, Argentina  
[rfollari@gmail.com](mailto:rfollari@gmail.com)

## Resumen

Jameson señaló hace años que la posmodernidad se caracteriza por un “predominio de lo cultural”, por el cual lo identitario se impone por sobre lo económico/social. De tal manera, movimientos indígenas y feminismos varios han sido muy fuertes en los últimos años, ligados a reivindicar la especificidad identitaria. Antes de la aparición de la “nueva derecha” a nivel planetario (Le Pen, Trump) y en la región (Bolsonaro, Milei) no parecía problemático que aquellos movimientos y las líneas teóricas que los expresan -el decolonialismo, por ej.- hayan producido críticas a las nociones de objetividad y de ciencia, entendiéndolas como propias del colonialismo eurocéntrico. Tales críticas han venido a converger en el tiempo -si bien de manera involuntaria y problemática- con los ataques que esa nueva derecha lanza a la ciencia y la argumentación. De tal modo, las políticas universitarias de democratización en varios niveles (1. De sus condiciones de acceso y permanencia; 2. De sus mecanismos decisionales; 3. De autonomía respecto de gobiernos y partidos; 4. De aporte a la noción nacional de democracia) se han visto en parte socavadas por el callado ascenso de las redes electrónicas y de las derechas que han sabido usarlas, implicando considerable desprecio por el conocimiento y por la ciencia. La sociedad valora a las universidades, pero desconoce de sí misma sus rasgos negadores del valor de la ciencia, expresados en diversos síntomas. Es necesario asumir una fuerte decisión de defensa de la razón y del conocimiento ante este tipo de situaciones.

**Palabras clave:** Universidad – democratización – movimientos identitarios – nuevas derechas – anticiencia

## Universities in the era of democratization of unknowledge

### Abstract

Jameson pointed out that postmodernity is characterized by a "predominance of the cultural", for which the identity is imposed over the economic/social. In this way, indigenous movements and various feminisms have been very strong in recent years, linked to vindicating identity specificity. Before the appearance of the "new right" at the global level (Le Pen, Trump) and in the region (Bolsonaro, Milei) it was not seen as a problem that those movements and the theoretical lines that express them - decolonialism, for example - had produced criticism of the notions of objectivity and science, understanding them as typical of Eurocentric colonialism. But such criticisms have come to converge over time -in an involuntary and problematic way - with the attacks that this new right launches against science and argumentation. In this way, university democratization policies at various levels (1. Its conditions of access and permanence; 2. Its decisional mechanisms; 3. Their autonomy with respect to governments and parties; 4. Contributing to the national notion of democracy), they have been partly undermined by the quiet rise of electronic networks and the ideological right that have known how to use them, implying considerable contempt for knowledge and science. Society values universities, but ignores its own traits that deny the value of science, expressed in various symptoms. It is necessary to assume a strong defense of knowledge and reason in these situations.

**Keywords:** University – democratization – identity movements – new rights – antiscience –

## As universidades na era da democratização do desconhecimento

### Resumo

Jameson destacou que a pós-modernidade é caracterizada por um “predomínio do cultural”, para o qual a identidade é imposta sobre o econômico/social. Desta forma, os movimentos indígenas e vários feminismos têm sido muito fortes nos últimos anos, ligados à reivindicação da especificidade identitária. Antes do aparecimento da “nova direita” a nível global (Le Pen, Trump) e na região (Bolsonaro, Milei) não foi entendido como problemático que esses movimentos e as linhas teóricas que os expressam – o decolonialismo, por exemplo – tenham produzido críticas às noções de objectividade e de ciência, entendendo-as como típicas do colonialismo eurocêntrico. Tais críticas passaram a convergir ao longo do tempo – ainda que de forma involuntária e conflitante – com os ataques que esta nova direita lança contra a ciência e a argumentação. Desta forma, as políticas de democratização universitária em vários níveis (1. Das suas condições de acesso e permanência; 2. Dos seus mecanismos de decisão; 3. Da sua autonomia em relação aos governos e aos partidos; 4. Contribuindo para a noção nacional de democracia) foram parcialmente minados pela ascensão silenciosa das redes electrónicas e pela direita ideológica que soube utilizá-las, implicando um desprezo considerável pelo conhecimento e pela ciência. A sociedade valoriza as universidades, mas ignora os seus próprios traços que negam o valor da ciência, expressos em diversos sintomas. É necessário assumir uma forte defesa do conhecimento e da razão nestas situações.

**Palabras chave:** Universidade – democratização – movimentos de identidade – novas direitas – anti-ciência

## Introducción

En el período en que predominaron gobiernos de apoyo a lo popular en Latinoamérica, nos acostumbramos a pensar en términos de gradual avance hacia la mejora de las condiciones sociales y el sostenimiento de derechos. Esa teleología implícita que habitaba nuestros análisis se ha visto interrumpida por la aparición de las “nuevas derechas” (Stefanoni, 2021): su irrupción planetaria ha sido fuerte también en Latinoamérica, imponiéndose en diversos momentos en dos de sus principales países: Brasil y Argentina, por vía de los gobiernos de Bolsonaro y de Milei. De tal modo,

si bien lo deseable es que avancemos hacia una mayor democratización del acceso y portación de conocimiento, deberemos admitir que en algunos de nuestros países se está yendo en dirección contraria, y en otros se corre el riesgo de que ello ocurra en un lapso relativamente breve.

Por eso hemos decidido referirnos -con un sesgo de ironía- a procesos de “democratización del desconocimiento”. Ello, a los fines de pensar cómo es que se ha llegado a este auge de las derechas en varios países latinoamericanos y de advertir en detalle cuáles son los rasgos que ese auge establece en cuanto a la cuestión del conocimiento en general y de la ciencia en singular. Ello, porque en gran medida predomina la perplejidad en muchos sectores político/críticos e intelectuales, los cuales con cierta candidez han supuesto que hay algo de “naturalidad” o de “armonía preestablecida” entre las posturas de izquierda (o el peronismo, en el caso argentino) y el pensamiento de las clases populares, de modo que la adscripción súbita de un sector de éstas al pensamiento de derecha se entiende como un incomprensible *contra natura*. Y, lo que es más grave, por la consecuencia que ello entraña: incapacidad para confrontar la situación, confusión en cuanto a sus rasgos y a su efectivo asentamiento en la dimensión simbólica de un importante sector de la población.

Nos atenderemos principalmente al caso argentino, del cual señalaremos sus rasgos específicos en detalles de lo político y de la situación del sistema universitario. Sin embargo, muchas de las referencias -sobre todo las que hacen al ataque de las nuevas derechas a la ciencia, y a la depreciación de la misma por algunos movimientos identitarios que se asumen de izquierda- tienen un alcance más general, pudiendo incluso ser aplicables a países europeos, además de los latinoamericanos.

3

### **Desarrollo: la evanescencia de lo material en el capitalismo tardío**

Fue Jameson quien lo planteó con claridad: en lo que él y otros autores hemos denominado posmodernidad (Jameson, 1998) la materialidad física, económica y corpórea han tendido a desaparecer de la percepción de la población. Existe un vaporoso dominio de las cuestiones ligadas a la cultura, a lo simbólico, a lo signico, una especie de proliferación excesiva y desproporcionada del mundo de las significaciones por sobre el de los hechos, y sobre el proceso mismo de trabajo y de producción.

Este predominio de las representaciones por sobre las cosas -por decirlo de una manera simplificada- tiene su economía política que lo explica. Por cierto, fue Jameson casi profético en esta advertencia, pues por entonces apenas surgía la Internet, y no existían en absoluto los teléfonos inteligentes ni las mal llamadas “redes sociales” (que debieran llamarse “redes electrónicas”: pero que en atención a cómo se las alude habitualmente, concederemos en darles su denominación canonizada). Sin embargo, Jameson pudo tempranamente determinar los rasgos de una condición que se iba mostrando epocal: la materialidad desde la cual se sostiene la existencia social se iba desvaneciendo en la percepción de los sujetos, que cada vez más iban dejándola de lado.

¿Qué rasgos de la sociedad llevaron al autor estadounidense a esta advertencia? Principalmente, los que tenían que ver -y siguen teniéndolo hoy, 30 años después- con las motivaciones y reivindicaciones de los movimientos de izquierda. Por entonces en el capitalismo avanzado, y luego diseminándose con fuerza incluso en muchos de nuestros países periféricos.

Se fue advirtiendo que las demandas culturales comenzaban a anteponerse a las propiamente sociales en las luchas del capitalismo avanzado. Eso se fue dando gradualmente, de modo muy evidente en los años noventa. Los avances de los feminismos principalmente, y en algunos casos de movimientos étnicos de minorías, fueron ganando terreno, así como los “estudios culturales” (*cultural studies*) lo hacían dentro de las ciencias sociales, operando estos últimos como “forma teórica” o “autoconciencia conceptualizada” de esos movimientos sociales en acto. Los feminismos harían crecer sus propias teorías (las tenían previamente, pero alcanzaron luego una dimensión y llegada mayores) al punto de que, con el tiempo, dejaron de considerarse movimientos que refieren a un cierto aspecto específico de lo social -las cuestiones de género- para pasar a constituir una lectura de conjunto, holística, que terminó reemplazando al marxismo en no pocas de sus interpretaciones de la sociedad como un todo. Lo mismo fue ocurriendo -esto más marcadamente en Latinoamérica- con los movimientos ligados a la reivindicación de los indígenas: de formar parte del repertorio de derechos que las izquierdas tradicionales pasaron a integrar, fueron derivando gradualmente a constituir verdaderas y singulares “concepciones del mundo”, que en búsqueda de continuar con el legado de Abya-Yala en el Sur del continente, han tendido a plantear un horizonte de inteligibilidad de la sociedad que rechaza a la modernidad en su conjunto como parte de la colonialidad.

4

Jameson captó tempranamente estos rasgos que iban liquidando la percepción de las contradicciones de clase como centrales, para reemplazarlas por las de género o de etnia. No desconocemos las cuestiones de *interseccionalidad* sostenidas desde diversos feminismos, ni la existencia de “feminismos populares”: pero precisamente por la deriva que estudió Jameson, no son estos los rasgos dominantes. Lo que ha prevalecido ha sido la gradual desaparición de la cuestión social -y consiguientemente política- en cuanto lo fundante de la configuración del bloque social antagonista del que está en ejercicio hegemónico del poder.

¿Y a qué adscribía Jameson esta situación? Desde el marxismo, el autor percibía que hay una base material de este *efecto ideológico*. Esa base material estaría dada por el predominio creciente del capital financiero dentro de la composición global del capital. Es decir: el dinero, como representación abstracta del valor/trabajo, es ya una forma de ocultar la base material desde la cual se da la posibilidad de adquirir bienes o servicios. El dinero expresa el valor que en él opera, pero a la vez no hace visible su origen en el mundo del trabajo, en el esfuerzo efectivo de transformación de la realidad por el esfuerzo humano.

De tal manera, como hace casi un siglo estudiara Sohn Rethel (1980), el uso del dinero produce en los sujetos una especie de abstracción vacía, una especie de “a priori histórico” que, a diferencia del kantiano, no es atemporal, sino que está producido por las cambiantes condiciones sociales.

Pero en los tiempos de la financierización creciente, el dinero no es la única representación del valor/trabajo depositado en él. Hay representación de la representación. Hay, en el espacio de lo financiero, bonos y letras que remiten a cantidades determinadas -cada vez cambiantes acorde al comportamiento de la Bolsa- de dinero efectivo. Y, sobre todo, en el comportamiento cotidiano hemos dejado de comprar y vender exclusivamente con dinero *cash*. Las tarjetas son representación al cuadrado: cuando erogamos con ellas, a menudo no “sentimos” el gasto como cuando se lo hace con monedas y billetes. Es que ellas aparecen como una representación muy indirecta de lo material que, en última instancia, da valor al dinero que esas tarjetas movilizan. Lo material está lejos, “no se ve más”. El espacio de las representaciones parece bastarse a sí mismo, los bienes los compramos en el supermercado por una especie de truco idealístico, por un juego de apariencias en las que no hay producción perceptible como la que los respalda y sostiene.

“Desaparecida” así la producción del campo de la visibilidad pública, no es raro que el espacio cultural aparezca autonomizado, como si tuviera una dinámica autosuficiente y autogenerada. Eso es lo que está detrás del auge de las prácticas y teorías basadas en lo cultural, que en el caso de los movimientos sociales es específicamente lo identitario.

5

Es lo que expresó Honnet en el campo de la tardía Escuela de Frankfurt alemana: el reconocimiento como lo principal por lo cual luchar (Ramaglia, 2024). Y es lo que comprobó Keucheyan (2016): nunca luego de la escritura de Marx, las luchas sociales habían estado mayoritariamente orientadas desde teorías que no fueran propias del marxismo o derivadas de él. Ahora se da este caso, por lo que se implica una fuerte modificación del punto de vista.

De hecho, se trata de que las luchas por reivindicaciones económicas pasan a ser secundarias o poco relevantes. Esto se dio en primera instancia en el capitalismo avanzado, y es allí fácil de comprender: en tiempos de rampante prosperidad, las pretensiones económicas estaban saciadas. Había que avanzar en dirección de las cuestiones de identidad como nueva opción de reivindicación y de lucha.

Cabe comprender esa lógica en las izquierdas europeas: no tenían otra opción. La objeción desde Latinoamérica de que “habían renunciado a la revolución” no tenía sentido: efectivamente, no había siquiera mínimas condiciones para otro tipo de reivindicaciones.

Pero el caso latinoamericano es más controvertible. Aquí, estos movimientos crecieron en parte en la lucha contra las políticas neoliberales (Collor de Mello, Menem, Salinas de Gortari) pero continuaron y se profundizaron en sus relaciones de amor/odio con los gobiernos de “populismos

de izquierda” que aparecieron en la región tras la victoria de Chávez: Correa, Evo Morales, los Kirchner, a su modo Lula y Rouseff.

En este caso -así fue en la Argentina- se mantuvo la movilización para presionar por las reivindicaciones propias (lucha por la interrupción legal del embarazo, por ej.) y a la vez se ocupó espacios gubernamentales (Ministerio de las mujeres, géneros y diversidad). Fue un tiempo muelle, de grandes logros y escasos enfrentamientos con una derecha que estaba momentáneamente agazapada. Se agregó luego el “Me too”, con sus fuertes consecuencias sobre los modos del acercamiento y de la seducción, que se hicieron sospechables de acoso y abuso (no sin razón en muchos casos, por supuesto, pero con consecuencias sobre todas las relaciones). Arreció el llamado “lenguaje inclusivo” en los espacios de movilización y los escenarios académicos, el cual ha sido desconocido y rechazado por amplios sectores sociales (Balsa, 2024, p.134 y ss.). Estas consecuencias en general no han sido advertidas como problemáticas por las integrantes de los movimientos concretos, pero sin dudas muestran márgenes de dispersión en relación a las lógicas de interpelación política desde los bloques sociopolíticos populares.

Es decir: la inicial convergencia de los movimientos sociales identitarios con los bloques gubernamentales y políticos defensores de lo popular se fue complicando. De ninguna manera hacia una ruptura mutua, pero sí promoviendo subterráneas tensiones y diferencias, que se hacen muy evidentes desde el triunfo electoral de la derecha en la Argentina.

6

En nuestros países sí hay fuertes reivindicaciones económicas que atender. De modo que lo identitario se hace problemático cuando simplemente *reemplaza* las contradicciones económico/sociales por las de género o de etnia. La necesariamente conflictiva articulación de ambos espacios, la hemos pensado desde la diferencia entre “la política” y “lo político” (Follari, 2023): si “todo lo personal es político” lo es en un sentido amplio, según el cual toda relación social es ya política, en cuanto atravesada por relaciones de poder. Pero en sociedades donde la representación política sigue existiendo, y se da principalmente por vía del Estado -sobre todo en lo ejecutivo y legislativo, por mediación de los partidos- hay una “política propiamente dicha” que tiene sus propias lógicas y exigencias, que no son las directas de lo social, aunque a eso social se lo entienda en sentido amplio como “político”.

Por esto, la autonomización de lo identitario se hace problemática. En vez de ligarse como una reivindicación más a la reconocida “cadena equivalencial de demandas” de que habló Laclau (2006) puede transformarse en eje central con una concepción propia del poder y de las luchas, que simplemente se independice del bloque popular en su conjunto, que pretenda imposiblemente reemplazarlo, o que crea necesario subordinarlo a la lógica del movimiento identitario, entendido como supuesto arco articulador del conjunto.

Estas posiciones han sido acompañadas por el auge del decolonialismo en el espacio de la teoría (Castro Gómez et al., 1998). Si bien su grupo fundacional hace tiempo que ya no es un conjunto (Castro Gómez, 2019), esta posición tomó el lugar de predominio en las ciencias sociales que antes habían detentado los “estudios culturales” (García Canclini, Barbero), reemplazándolos no casualmente, pues mantuvo -y en buena medida mantiene- ese lugar desde el mismo predominio de lo cultural en que se instalaban sus predecesores.

Estos autores latinoamericanos han sostenido que el legado de las culturas precolombinas es la verdadera América, la cual merece otros nombres no surgidos de la tradición española. Desde esa reivindicación han criticado y rechazado a la modernidad completa, en tanto legado que identifican a pleno con el colonialismo. De ese modo han golpeado teóricamente contra el eurocentrismo y han reivindicado a las culturas indígenas (y en menor medida las de etnias negras) como aquello que la modernidad explotó, persiguió y enterró.

Este movimiento llamó la atención sobre la especificidad de nuestro legado cultural continental y sobre el poder epistémico europeo que tendió a soterrarlo. Es lo que ha motivado el amplio apoyo recibido. Pero cabe criticarlo; por una parte, por el rechazo hacia la modernidad en su conjunto (derechos humanos, democracia, respeto del sujeto individual, ciencia y técnica), así como por no referir directamente a “la política”, con lo cual propone la ilusión de un compromiso propiamente político que no cumplimenta.

7

Lo cierto es que, en nombre de los saberes populares e indígenas, se ha entendido a la ciencia como un saber si no directamente secundario, al menos como uno que no tiene ventaja alguna sobre los saberes milenarios de los pueblos indígenas. En lo que entendemos como una confusión/superposición entre la dignidad de los saberes y su valor propiamente cognitivo, asumen que todos los saberes pueden valer lo mismo y que la ciencia carecería de algún rasgo que la hiciera especialmente válida.

Llegamos al punto decisivo: como también Boaventura de Sousa Santos planteó (2014) desde lo que llamó *ecología de saberes*, la ciencia no tendría ninguna ventaja que exhibir sobre los conocimientos que diferentes sectores sociales atesoran. De tal modo la ciencia aparece como una forma cualquiera de pensar la realidad, no especialmente calificada. No cuesta advertir las consecuencias devaluatorias del saber científico que esto conlleva, al margen del deseo de reivindicación de los saberes populares en que se inspira.

Hemos hecho crítica de la posición de Boaventura en otro texto (Follari, 2019). Desde el punto de vista propiamente epistemológico, no existe alguna forma de resolver la inconmensurabilidad entre las diferentes posiciones (Kuhn, 1980; Kuhn, 1989), de modo que resulta imposible hallar un criterio común desde el cual hacer el debate sobre la validez relativa de cada una de ellas según la “ecología” de Boaventura. Y aún si se consintiera en acordar tal criterio (p.ej. la emancipación, según lo afirma

el autor), cada actor lo percibiría desde el punto de vista específico de su propia y singular noción acerca de la validez del saber.

Lo cierto es que se ha llegado a una radical relativización del valor del conocimiento científico, el que ha quedado inevitablemente devaluado. Decir que la ciencia vale, pero no vale más que cualquier manifestación de conocimientos propios de determinadas etnias, implica, en lo epistemológico, ignorar o depreciar el valor que tiene el autocontrol científico, en cuanto a determinar el nivel de probanza y el de error posible de sus teorías y de sus leyes o tendencias. Por supuesto que en cuanto dignidad o en cuanto merecimiento de respeto a las creencias, ningún saber tiene privilegio sobre otros: pero sí se lo puede tener en cuanto a la conquista de márgenes de objetividad en el conocimiento del mundo que vivimos. Y en este sentido la ciencia tal cual la conocemos desde la tradición occidental, es sin duda la tradición más acendrada, siquiera sea por la consideración de sus extraordinarios resultados técnicos, que permiten desde acelerar partículas en los ciclotrones a lanzar naves espaciales que pueden desembarcar en el lado de la Luna que nos es opuesto.

Lo cierto es que el respeto por la ciencia como una modalidad singular de conocimiento que guarda alto grado de autocontrol teórico y metodológico se fue relajando en las últimas décadas. La decadencia del positivismo fue entendida como decadencia no del cientificismo, sino del valor de la ciencia misma: por ello se dio aquella reacción que fue el caso Sokal (Sokal et al., 1998). Un caso equívoco: porque si bien el autor mostró una concepción filosófica primitiva e informe sobre la ciencia, no dejó de advertir sobre la confusión -por entonces menos evidente que la actual- entre progresismo y relativismo, entre izquierda política y ataque a la centralidad de la ciencia. Es un debate sobre el que intervine en su momento y sigo sosteniendo lo principal de mi postura de entonces (Follari, 2000), pero donde no aprecié todavía el peligro político asentado en la relativización a ultranza.

Ese relativismo hoy plenamente desplegado, que se ufana en una apelación difusa a la noción de “epistemología”, llamando así sin discriminación a cualquier posición epistémica emergente (de género, de etnias, ambientalistas, etc.) ha venido a converger en ese punto -conflictiva e involuntariamente- con las posturas crecientemente fuertes de la extrema derecha, asentadas primero en Europa y actualmente también en América (Trump, Bolsonaro, Milei).

Seremos breves en la descripción de este tipo de derechas, que históricamente han sido hostiles a la democracia como sistema político. Herederas lejanas del fascismo europeo de mediados del siglo XX (con expresiones que fueron desde el nazismo al franquismo español, o la Portugal de Oliveira Salazar), se cansaron de ser testimoniales y pintorescas minorías ubicadas fuera del sistema -como lo fueron en la segunda mitad del siglo XX-. Y se decidieron (un tanto en espejo con lo sucedido con sectores de la izquierda revolucionaria por vía de los populismos progresistas, desde Chávez en adelante) a entrar a los procesos electorales y legislativos, y así buscar el gobierno por vía de una democracia parlamentaria en la que muy limitadamente creen.



De tal modo, hechos tan graves como el ataque al Capitolio en Estados Unidos o el avance sobre el Planalto cuando la última elección presidencial de Lula en el Brasil, no fueron sucesos episódicos y poco comprensibles. Por el contrario, son consustanciales a las características de unas derechas que no son simplemente conservadoras, y no se ubican dentro de una aceptación general de las reglas del liberalismo y del pluralismo político. Este último es soportado a regañadientes, y se tiende al rechazo y odio generalizado a todo aquel que no se pliegue a la propia posición, sindicado como tibio, vacilante, sino simplemente como cobarde o traidor. Y las leyes de la democracia se respetan sólo cuando los favorecen: por ej., es muy conocido ya el recurso que vimos en los casos del Capitolio y el Planalto; “si ganamos las elecciones son válidas, si perdemos las declaramos ilegítimas”. “Si perdemos, hubo fraude”: esa es la consigna, de modo tal que no se aceptan genuinamente las reglas del juego (si bien se simula admitirlas, lo cual posibilita el participar del proceso electoral y disputar para ser gobierno).

Estas derechas tendencialmente totalitarias invocan por medio de la agresión y del insulto, y promueven una polarización generalizada de las fuerzas políticas. Para ello, operan con un uso permanente del resentimiento de amplios sectores de la población hacia las elites, fundamentalmente las elites políticas. El odio es una fuerza política superior a cualquier otra (Durán Barba et al., 2009). Los grandes empresarios no son generalmente atacados, lo que resulta fácil de lograr, dado que en el capitalismo los empresarios explotan pero los políticos dominan, según la división de las instancias sociales que se produjo desde la modernidad. Y los que quedan visibilizados son solamente los dominadores: los políticos.

9

De tal modo, en tiempos de crisis de la representación política dada por diversos factores (final de la bonanza económica que hubo de los años noventa al 2009, pérdida de las grandes convicciones, individualismo creciente, rechazo de la representación en diversos órdenes) no cuesta centrar como objeto de odio a las elites políticas. Sobre ellas se centrará el rechazo social, a la vez que de allí irradiará a otros sectores: serán las elites en general (intelectuales, artistas, universitarios, etc.) las que aparecerán como que no hacen una vida suficientemente sacrificada. De tal modo, los que tienen poca seguridad laboral, los insatisfechos -que, en algún nivel y como muestra el psicoanálisis, son legiones en tanto la plena satisfacción no existe-, los enojados de todo tipo, encuentran en esos sectores un blanco para oponerse. Más aún si esos objetos de odio dependen del estipendio del Estado, dado que para las nuevas derechas el mercado es el gran motor de la historia (en esto, mayoritariamente coinciden con los neoliberales, al menos en los casos de Bolsonaro y Milei: Trump tiene pretensiones proteccionistas), y por ello no habría peor pecado que trabajar y cobrar del Estado. Esto es presentado como si fuera equivalente a “robar de los impuestos de todos”, a usar los dineros de los que producirían riqueza, que serían sólo los que están en la economía de propiedad privada. De tal modo no sólo se desconfía de la ciencia, según cánones que señalaremos enseguida: también se lo hace de los científicos, los investigadores, los estudiantes y los universitarios en general -mucho más si son de escuelas o instituciones estatales-, todos los cuales serían parte del privilegio de elites que gozan de ventajas que los verdaderos productores de la riqueza no tendrían. De tal manera, la

sospecha sobre el mundo universitario está instalada, munida de una considerable energía libidinal de odio: lo advertimos en la Argentina de Milei, que tilda a los universitarios de “chorros” (ladrones), sin la más remota prueba; y que con ello busca que la población rechace a los universitarios en la protesta que ellos hacen ante la creciente des/financiación del sistema universitario estatal.

Una de las características de esta derecha es su manejo permanente de las redes llamadas sociales, es decir, las redes electrónicas. Incluso esto llevó a que haya quien decidió llamarlas “derechas 2.0” (Forti, 2021). Por una parte, porque los depositarios preferidos de estas políticas han sido los jóvenes, que ven poca tv y hacen permanente uso de las redes. También porque las redes sirven a la lógica anti-argumentativa por la que discurren estos sectores: se trata de insistir en la invectiva, el insulto, los memes, las cancelaciones, las modalidades propias de la velocidad que predomina en esas redes. Todo es vértigo, cambio de destinatarios, interlocutores múltiples; esta condición anula el valor de la argumentación sistemática para hacer eficaces las interjecciones, los absurdos lingüísticos, las paradojas ocasionales, los efectismos de cualquier tipo.

Se trata de imponer sin apelación a datos: es la nueva forma de la democracia electrónica. Aquí se manifiesta la democratización del desconocimiento: en las redes todos pueden expresarse y las diferencias de valoración de los emisores presentes en la vida institucional (políticos, periodistas especializados, expertos, intelectuales) son -de hecho- destituidas ante el erigirse de actores rasos, de actores cualesquiera. De tal manera, la opinión más ignorante y menos informada vale -en primera instancia- igual que la del más ilustrado de los sujetos.

10

Es una verdadera revancha de la ignorancia por sobre la calificación cognoscitiva. Ya no se necesita estudiar para opinar: basta con opinar lo que se nos ocurra. Y si somos ingeniosos, un buen insulto o una salida hábil pueden descolocar a quien más sepa sobre una temática. Es el reino del “hablemos sin saber” -tomamos el nombre de un viejo programa de tv argentino-. Y se ejercita sin culpas ni limitaciones.

Esta “venganza del vulgo” ubica a sus actores en posición de goce: de pronto son actores calificados en los sitios en que no solía considerárselos como tales. Argumentos y datos no existen más: basta la capacidad para amedrentar al otro, humillarlo, atacarlo, avergonzarlo, si cabe amenazarlo. Todo esto funciona ampliamente, y es potenciado por los expertos en redes que forman parte de estas nuevas derechas. En el caso argentino tienen un lugar en la Casa de gobierno, lanzan campañas orquestadas, atacan sistemáticamente a adversarios políticos, logran amedrentar con mensajes múltiples a los que piensan diferente.

Al margen de esta organización metódica de los trolls y de automatismos como los “bots” -que actúan robóticamente sobre miles y miles de receptores- el usuario de estas redes se siente automáticamente ubicado en una situación que da lugar a que pueda opinar sobre lo que quiera sin reconocer autoridades ni requisitos. Como se comprenderá, esto refuerza inmediatamente el rechazo

hacia el mundo de la ciencia y el conocimiento: este sería de “elites” que coartan su posibilidad de decir lo que le venga en voluntad. Son los que pueden descalificar sus opiniones con buenos argumentos y remisión a datos que los dejen malparados. Por ello se refuerza el rechazo a la ciencia: el resentimiento hacia los universitarios encuentra un nuevo núcleo de constitución.

Si a esto se agrega la justificación que adquiere esta posición, se entiende a fondo cómo funciona. Si a quien dice cualquier cosa sobre un tema -pongamos por ej. los terraplanistas, que retan a la ciencia desde su posición que vuelve al siglo XVI- se le responde que debe estudiar o que la ciencia dice otra cosa, ellos tienen la respuesta de época: “tienes que respetar mi punto de vista”. Ellos recusan la noción de saber o no-saber, y la reemplazan por una de “respeto democrático a la palabra del otro”. En nombre de tal pretendido respeto, hay que aceptar cualquier cosa: que alguien diga que Estados Unidos tiene más población que la India -doy un ejemplo imaginario pero posible-, que los blancos son siempre superiores a otras etnias por caso en el deporte, que con un gobierno de derechas “x” la producción de un país se multiplicó por 10, y parecidas arbitrariedades.

Se advertirá el radical desfondamiento que esta postura implica respecto de la ciencia en singular y la razón en general. Se ha trastocado los criterios de verdad hacia la post-verdad, la cual no consiste en el solo reino de la falsedad, sino en la indiferencia respecto de si algo es verdadero o no lo es. Lo que importa es la fuerza con la cual se puede respaldar una afirmación, desde el punto de vista de la imposición de ese punto de vista por razones de multiplicación de los emisores, por apoyo mediático, por engarzamiento con los sentidos comunes preestablecidos, por moda hegemónica o por el motivo que sea. Pero se trata de opinar y de imponer la propia opinión sin remisión alguna a criterios de objetividad, de adecuación a los hechos, o de información confiable.

Vamos llegando entonces a la advertencia del punto de confluencia entre diversas cuestiones: en primer lugar, y con consecuencias sobre toda la población más allá de sus tendencias ideológicas y sus creencias diferenciales, la existencia de una condición posmoderna, esa que Bauman supo llamar “líquida”, confirmada últimamente por Byun-Chul-Han, por ejemplo. Esta condición que ya se hallaba en la sociedad de los años ochenta, se ha radicalizado ante el sin/sentido creciente en el capitalismo tardío, la anonimidad de las ciudades, el vértigo de la movilidad y los viajes, y por supuesto, las nuevas tecnologías.

Estas tecnologías son diversas, pero lo relativo a la telefonía celular sintetiza, de alguna manera, los diversos afluentes. La posibilidad de comunicación inmediata y casi gratuita con cualquier sitio del mundo, la de armar cuentas en las que participen a la vez decenas de personas de ámbitos diferentes, la facilidad de enviar y recibir audios y videos incluso de confección propia, han cambiado radicalmente las condiciones de la subjetividad. Somos una especie de terminal de pantalla, sujetos a permanentes estimulaciones. Somos palimpsestos rapidísimos, donde se abren nuevas impresiones y se borran otras a velocidad muy alta, y de manera permanente. Esto modifica la organización psíquica, como algunos han advertido y/o criticado (Sadin, 2023). Tenemos sujetos imbuidos de

nuevas características, como la atención momentánea y dispersa; ciertamente esto atenta contra las exigencias de la lectura paciente, el estudio sistemático y la investigación a largo plazo, como exige la actividad científica. Si algo está lejos de esta actividad, afirmaba Bachelard, es la curiosidad, el pintoresquismo, el “saber de todo un poco” (Bachelard, 1978). La pregunta metódica está muy lejos de los sitiales cambiantes del colibrí.

Hay ruptura entre la época en general, las nuevas modalidades de la cultura y la subjetividad, y las estipulaciones de la ciencia, en cuanto a su exigencia de metodicidad, y su imposibilidad de resultados inmediatos.

A eso debe agregarse las posiciones epistémicas propias de la época, que no pueden dissociarse de lo anterior: son sólo “forma teórica” de una condición cultural en acto (Lukacs, 1969). Pero alcanzan, sin sombra de dudas, una eficacia propia cuando se han desarrollado.

Y allí encontramos la confluencia de las dos grandes corrientes de las que vinimos hablando más arriba. Por una parte los estudios culturales y luego los decoloniales (estos últimos con fuertes académicos cercanos como han sido Boaventura de Sousa y Enrique Dussel, de diferentes modos entre sí), los que han conllevado una disvaloración de la ciencia, o cuanto menos una puesta de la misma a igual nivel que casi cualesquiera otros registros de saber popular o étnico que circulen en la población “nuestroamericana” (hago mía esta denominación, que puedo compartir con los partidarios de esas posiciones).

Por otro, las nuevas derechas partidarias del hablar sin conocimiento específico, que pretenden destituir cualquier autoridad cognoscitiva para imponer “la libertad” de opinar sobre cualquier cosa sin reconocimiento de experticia ni de cánones, instaladas en el goce de la propia postura que se impone sin más, remedando alguna vieja canción ranchera mexicana (“...y mi palabra es la ley”...“no tengo trono ni reina, pero sigo siendo el rey”).

Es evidente que los fundamentos, e incluso las ideologías, de estas dos posiciones que de algún modo convergen en el actual horizonte histórico, son por completo diferentes, incluso en alta medida enfrentadas entre sí. Obvio que ninguna de estas dos tendencias guarda la menor simpatía por la otra, y es muy probable que sus respectivos adherentes recusarán este acercamiento callado que estoy planteando. Pero, por supuesto, no se trata de una convergencia subjetivamente asumida, sino de una condición objetiva que -como tantas veces subrayó Bourdieu- (1975) opera al margen de la conciencia de sus actores. Lo cierto es que el progresismo que se afirma en las nociones del decolonialismo o de Boaventura, bien haría en discutir acorde al nuevo horizonte histórico los concretos efectos políticos de sus posiciones, en la medida en que los mismos están a menudo bastante lejos de los valores y finalidades que sus propios mentores se han planteado.

Sobre el consolidado fondo de la condición cultural de la época se sobrepone una política explícita de negación del valor del conocimiento científico. En el caso del decolonialismo, con la contradicción factual de que sus teorías se han producido y se difunden dentro del campo académico, de los espacios universitarios cuyo valor sería negado por esa postura (en realidad “denegado” por ella, dado que -por cierto- se deduce de sus posiciones la aprobación de las “universidades indígenas”). Se sostiene que son los saberes populares los que valen, pero es la re-codificación de los mismos en lenguaje de teoría social, lo que parece validarlos.

Lo cierto es que, al margen de estas contradicciones *en acto*, el decolonialismo todavía en boga reduce el valor de la ciencia al de un conocimiento eurocéntrico colonialista, que debería ser modificado por -y en muchos casos reemplazado por- los saberes étnicos ancestrales (habitualmente idealizados, a la vez que poco conocidos desde la condición de escritores que no son indígenas).

Contra estas fuentes diversas de demérito del conocimiento científico -aunque habitualmente sin saber de ellas- se erigen las políticas difusoras del conocimiento, democratizadoras del mismo que se han intentado en la Argentina a nivel universitario en las últimas décadas, anteriores al auge ultraliberal del gobierno de Milei (iniciado a finales del año 2023).

En el menos que somero paneo por hacer, distinguiremos cuatro tipos de acciones. El primero, en cuanto al acceso y permanencia de los estudiantes.

13

Argentina es de los escasos sitios en el mundo donde el acceso a las carreras de grado universitarias sigue siendo no sólo gratuito, sino también libre. El Ciclo Básico Común en la Univ. de Bs.As. buscó amortiguar la llegada de estudiantes con poca preparación directamente a las carreras. Lo cierto es que asistimos en el país a una radical democratización del ingreso, que ha abarcado en los tiempos de gobiernos kirchneristas una gran cantidad de estudiantes -y de egresados- que provienen de familias que nunca contaron previamente con estudios universitarios.

Se agregó a esto, en la Ley de mediados de los años 90, la posibilidad de que ingresaran algunos estudiantes que no hubieran completado los estudios de nivel medio, con medidas previas de análisis de los casos. Es un ítem poco explorado en los hechos: si los que completaron el nivel medio tienen problemas, los que no lo hicieron pueden -salvo rarísima excepción- tenerlos en mayor medida.

En 2015, por iniciativa de la entonces diputada nacional Adriana Puiggrós -reconocida estudiosa de la problemática educativa- se modificó la Ley de Educación Superior (LES), especificando de manera terminante la gratuidad para carreras de grado y la responsabilidad indelegable del Estado en el financiamiento. Si bien éstas se habían mantenido en los hechos, la LES era ambigua en su formulación, dados los tiempos de auge neoliberal en que fue dictada.

A menudo se critica el ingreso irrestricto por el bajo porcentaje de egresados sobre el número de ingresantes; se insiste -entonces- en la alta tasa de deserción. Pero ella no implica un bajo número de egresados: estos suman un porcentaje reducido, pero dado sobre una cifra inusualmente alta de ingresantes, por lo que el total de egresados de ninguna manera está por debajo de lo que se espera en Latinoamérica. La tasa de deserción queda en número alto, pero dicha cifra no viene a cuento a la hora de valorar los logros del egreso.

Igual se han hecho -y deben intensificarse- variadas acciones para asegurar mayor permanencia del estudiantado, sobre todo aquel que llega provisto de menor capital simbólico (Bourdieu, 2003). Consultorías, cursos paralelos, clases de apoyo, son diversas estrategias para conseguir que estudiantes con problemas de aprendizaje puedan continuar en las carreras de grado.

En cuanto a los mecanismos decisionales, la LES centró en los docentes el poder de los Consejos, sobrerrepresentándolos en relación con los demás sectores (alumnos, no docentes, egresados). Sin embargo, no ha habido protestas importantes de los estudiantes por ello. De algún modo, se ha asumido que los docentes conocen mejor las condiciones institucionales, en tanto los estudiantes son pasajeros y tienen menos experiencia. En menor medida participan los administrativos y personal de apoyo, tienen representación minoritaria que les alcanza para plantear sus reivindicaciones y enterarse del movimiento general de las instituciones. Cuando por la Ley Taiana de 1973 el personal de apoyo gozó de representación igualitaria con docentes y alumnos, tendió a dilapidar esa presencia, que se volvió corporativa la mayoría de las veces, amén de escasamente interesada en los asuntos académicos. Los graduados no existen como representación en otros países, y a menudo en Argentina expresan intereses que no se relacionan con los de los actores permanentes de las instituciones.

14

En los últimos tiempos -igual que en todo el subcontinente- se ha agudizado el peso del poder decisional hacia las autoridades ejecutivas (Atairo, 2016). Ello, porque es problemático que la máxima autoridad institucional sea un organismo de deliberación.

Lo cierto es que todos los actores internos tienen representación en los consejos de facultades y universidades, de modo que éstas pueden exhibir un grado considerable de representación democrática y de transparencia en los procedimientos institucionales.

En cuanto a la autonomía universitaria, fue el gran logro de la Reforma de 1918, conquista argentina exportada al conjunto de Latinoamérica e incluso a Europa. Al principio fue más autonomía respecto de la oligarquía económica y la Iglesia que de la influencia de los gobiernos. Pero con el tiempo se implicó claramente a esta última, sobre todo porque las sucesivas dictaduras que asolaron la Argentina intervinieron las universidades y arrasaron con esa autonomía. La misma, por ello, es un sinónimo de ejercicio nacional de la democracia con voto ciudadano.

Sin embargo, su cumplimiento dista de ser perfecto. Sobre todo, en las provincias, algunas universidades nacionales son semi/dirigidas desde gobiernos locales (se dio la paradoja, por ej., de que durante el juarismo en Santiago del Estero, la Universidad Católica estaba más lejos del gobierno autocrático que la nacional). Y también los partidos -gubernistas y no gubernistas en un momento dado- intervienen; no es ilícito que lo hagan, pero a menudo sus acciones no están suficientemente permeadas por la atención a las condiciones internas de las instituciones.

Lo cierto es que la autonomía ratifica la libertad para el acceso al saber académico, y ese es un logro que se mantiene y cuya vigencia hay que asegurar, por ej., en tiempos en que el actual poder político llama a denunciar a los profesores que “adoctrinen” (es decir, que sostengan ideologías contrarias a las suyas), en un ataque inaudito a la libertad de pensamiento y de expresión.

Por último, la universidad hace una contribución a la noción de democracia como régimen político nacional. Por un lado, por el sostén de formas de representación que incluyen a todos sus sectores. Pero también, por la discusión que sobre la democracia se ha podido instalar en el espacio académico. De esta manera, la circulación de diversos discursos de teoría política ha podido dejar claro que una cosa es lo republicano y otra -que puede adosársele o no en cada caso- lo propiamente democrático. Y en este sentido, Laclau (2012) mostró, en su momento, que gobiernos como los populismos de izquierda latinoamericana eran ejemplos democráticos, contra los portadores del “pensamiento standard” que reducen la democracia al procedimentalismo de la alternancia gubernativa y la división de poderes.

De diversos modos, entonces, las universidades contribuyen a democratizar el acceso al saber, por un lado, y a la vez a “democratizar la democracia”, y en ese sentido aportan a una mejor distribución del poder, los bienes y los servicios en el conjunto de la sociedad, lo que por cierto incluye también a los servicios educativos.

Pero volviendo a nuestro cauce central de argumentos, en todo esto no se toma en cuenta con énfasis el actual problema de la crisis de legitimidad del conocimiento científico. Crisis que se advierte a fondo en el conflicto que viven las universidades argentinas en contra del gobierno de Milei, el cual ha bajado fuertemente su financiamiento, y para legitimar esa decisión ligada a la búsqueda del “déficit estatal cero” ha lanzado ruidosas políticas de ataque discursivo a las universidades, además de lo que representa ahogarlas financieramente con la consiguiente imposibilidad de funcionamiento normal.

Por un lado, se azuza la sospecha generalizada sobre los universitarios. Acorde a las políticas del resentimiento de las que ya hablamos estos serían “vagos”, “ñoquis” (mote argentino para los que sólo aparecen en su sitio de trabajo el día del cobro), “privilegiados”, etc.

Esto se complementa con la decisión de auditar financieramente a las universidades. Un docente argentino gana -de tiempo completo- poco más de la mitad que uno del Brasil, y atiende a más alumnos. Y la mayoría de los docentes argentinos no es de dedicación tiempo completo. Si se suma a ello que el 90% del presupuesto se destina a pago de personal, quedan claras dos cuestiones: 1. La universidad argentina, que goza de un buen prestigio internacional que ha sabido ganar, no es cara, es comparativamente de bajo costo; 2. El presupuesto es fácilmente auditable, en su medida principal, por el simple manejo de los bonos de sueldo de los empleados, sean ellos docentes o de otros estamentos.

Sin embargo, el ataque gubernativo es fuerte y se lo lanza incluso desde la palabra presidencial, nada reacia a los insultos y excesos insólitos. Los universitarios se defienden con diversos argumentos, pero en muchos casos se muestran inhábiles para resumir en consignas breves y terminantes sus propias posiciones.

### **Conclusiones: la defensa del conocimiento y sus instituciones**

La conclusión es clara: hay que defender al conocimiento científico y a las universidades como sus principales espacios de producción y reproducción. Ambos campos están bajo fuego en medio de una ola histórica que camina en dirección a la relativización del saber sistemático, cuando no a su directo denuesto.

Por supuesto que hay otros saberes respetables y valiosos, no sólo merecen esa consideración los de la ciencia. Desde los saberes cotidianos a los de los artesanos, desde la cocina al aseo y la vivienda, desde la carpintería a los de un plomero. Y, por supuesto, también los surgidos de otras *epistemes*, referidas por ej. al conocimiento de los indígenas en sus diversas etnias y versiones. Generalmente, son saberes no altamente codificados y formalizados.

Esos saberes diferenciados del científico son respetables en cuanto a los valores que los sostienen, y en lo específico de sus ámbitos, son valiosos cognitivamente. Así, la ciencia surgida del Renacimiento, de Galileo y de Newton, resulta ser un tipo de conocimiento más, pero no cualquiera. Sostiene una posibilidad de control sobre sus enunciados, teorías y métodos, que otras formas de conocimiento no disponen. De tal manera, asegura un resultado cognitivo con el que otros modos de conocimiento no cuentan (al menos en el presente, la ciencia egipcia o la de los mayas pudieron ser equivalentes en sus inicios, pero fueron abortadas históricamente por la dominación y la guerra).

Y son ingredientes de la producción y de los productos científicos, tanto los datos como la argumentación racional. Hay que insistir en su valor, hay que reinstalar su exigencia en las discusiones por las redes. Es cierto que el mundo electrónico deberá entrar a las aulas para no dejar a estas fuera de la historia, pero también las aulas deben aprender a permear las redes, para ir destituyendo el imperio del impacto inmediato, de los memes, los bloqueos y los insultos.



Una reivindicación del valor de la ciencia supone una epistemología menos elogiosa del relativismo. Ya sea en versión decolonial, ya sea en versión Feyerabend o Woolgar (Feyerabend, 2009; Woolgar, 1991), estas posiciones hoy -de un modo que se hace independiente de su valor intrínseco- son deglutidas por la máquina discursiva de las derechas, que buscan desacreditar el conocimiento científico, e incluso el saber académico más en general.

Y la defensa de las universidades deberá mostrar no sólo que en éstas se trabaja. No sólo que su producto desborda ampliamente, en la Argentina, a sus históricamente bajas condiciones de financiamiento. No sólo que se investiga cuestiones socialmente útiles, como la energía o lo que lleva a la producción de vacunas. No sólo que se produce profesionales que la dinámica comunitaria requiere diariamente, más acciones de divulgación artístico/deportiva y de extensión social que son mayoritariamente valoradas.

No sólo todo lo anterior, también deberá insistirse en que se trabaja para mejorar los niveles de conocimiento de la sociedad. Que se busca implantar el diálogo, el debate racional, la exigencia lógica y la tolerancia sistemática a la diferencia. Es aquello que el mundo irracionalista de las redes está negando.

La sociedad argentina ha mostrado que apoya mayoritariamente a sus universidades, vía de las enormes marchas realizadas en abril y en octubre del año 2024, ante los ataques del gobierno de Milei. Pero esa sociedad no es autoconsciente de en cuánto participa de los mecanismos del irracionalismo que se han puesto en juego, principalmente desde las nuevas tecnologías de la comunicación, de su uso y abuso por las nuevas derechas. Hay mucho por trabajar para reinstalar condiciones sociales de discursividad que, seguro, no serán las ideales de Habermas (1990), pero que deben confrontar con ese incómodo sitio de negación de la razón que es necesario combatir y superar. Es ese el desafío.

### Bibliografía

- Atairo, D. (2016). *El gobierno universitario en la agenda académica y política de América Latina*. Ciudad, México: ANUIES.
- Bachelard, G. (1978). *La formación del espíritu científico*. Ciudad México: Siglo XXI.
- Balsa, J. (2024). *¿Por qué ganó Milei?*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P., Passeron, J. C y Chamboredon, J.C (1975). *El oficio de sociólogo*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2003). *Campo del poder y campo intelectual*. Buenos Aires, Argentina: Quadrata.
- Castro Gómez, S., Mendieta, E. (1998). *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización a debate*. Ciudad de México, México: Porrúa.
- Castro Gómez, S. (2019). *El tonto y los canallas. Notas para un republicanismo transmoderno*, Bogotá, Colombia: Universidad Javeriana.
- De Sousa Santos, B. (2014). *Epistemologías del Sur*. Madrid, España: Akal.

- Durán Barba, J., Nieto, S. (2009). *El arte de ganar. Elecciones y conflicto en América Latina*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.
- Feyerabend, P. (2009). *¿Por qué no Platón?* Madrid, España: Tecnos.
- Follari, R. (2000). Alan Sokal, la insuficiencia de pruebas. *Cinta de Moebius. Revista Epistemológica de Ciencias Sociales* 8: 211-217
- Follari, R. (2019). *Boaventura de Sousa Santos: reducción de la dispersión al orden en la "ecología de saberes"*, Maracaibo, Utopía y praxis latinoamericana núm.86
- Follari, R. (2023). *La actualidad latinoamericana: populismos atenuados* (en prensa)
- Forti, S. (2021). *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*. Madrid, España: Siglo XXI.
- Habermas, J. (1990). *Pensamiento post-metafísico*. Ciudad, México: Taurus.
- Jameson, F. (1998). *El giro cultural*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Keucheyan, R. (2016). Las mutaciones de la teoría crítica: un mapa del pensamiento radical hoy. *Nueva Sociedad*, (261), pp-pp.36-53. Recuperado de: <https://library.fes.de/pdf-files//nuso/nuso-261.pdf>
- Kuhn, T. (1980). *La estructura de las revoluciones científicas*. Ciudad, de México: Fondo de Cultura Económica.
- Kuhn, T. (1989). Conmensurabilidad, comparatividad y comunicabilidad. *En Kuhn, T: ¿Qué son las revoluciones científicas? y otros ensayos*. Barcelona: Paidós.
- Laclau, E. (2006). *La razón populista*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2012). Entre política y Estado: pervivencia del populismo. *Utopía Y Praxis Latinoamericana*, 17(58). Recuperado a partir de <https://produccioncientificaluz.org/index.php/utopia/article/view/2903>
- Lukacs, G. (1969). *Historia y conciencia de clase*. Ciudad, México: Grijalbo.
- Ramaglia, D. (2024). *Estudios sobre el reconocimiento*. Mendoza, Argentina: FFyL, UNCuyo.
- Sadin, E. (2023). (07/01/2023). El robot conversacional ChatGPT y nuestra relación con el lenguaje. *Página 12*.
- Sohn Rethel, A. (1980). *Trabajo manual y trabajo intelectual*. Bogotá, Colombia: El viejo topo.
- Sokal, A., Bricmont, J. (1998). *Imposturas intelectuales*. Barcelona, España: Paidós.
- Stefanoni, P. (2021). *¿La rebeldía se volvió de derechas?* Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Woolgar, S. (1991). *Ciencia: abriendo la caja negra*, Madrid, España: Anthropos.

### Sobre el autor

Roberto Follari es Licenciado y Doctor en Psicología por la Universidad Nacional de San Luis (Argentina). Profesor Emérito de la Universidad Nacional de Cuyo. Trabaja temas de educación (universidad, interdisciplina), de filosofía (posmodernidad) y de teoría política (populismo y nuevas derechas). ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5642-2484>